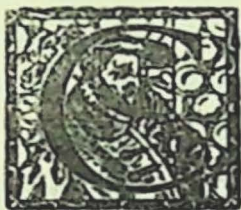


Carlos Orrego Barros

## Comte y su influencia sobre Barros Arana (\*)



ON OCASION de los diversos actos culturales con que se ha recordado el cincuentenario del fallecimiento de Diego Barros Arana, numerosas personas se han preguntado la causa del cambio trascendental que experimentara en sus ideas, y han recordado que ese cambio fue completo y permanente ya que abandonó para siempre toda idea o sentimiento católico. También se ha expuesto que no es raro el ver que un hombre reniegue, durante toda su vida, de parte de sus ideales de juventud, o de todos ellos por un lapso relativamente corto; pero que es muy extraordinario que un hombre de valía reniegue de todo lo que formó su ideario y que lo haga por todo el resto de su vida; insistiendo en que Barros Arana olvidó totalmente y para siempre todas las creencias heredadas y que le habían acompañado, con intensidad primero, más fríamente después, hasta pasados sus treinta años.

Esta pregunta se la han repetido muchos, agregando que si hu-

---

(\*) El autor de este estudio vivió de joven junto a don Diego Barros Arana, su tío, y merced a esta frecuentación ha podido escribir dos obras de útil consulta, una biografía general de Barros Arana, que fue editada hace poco tiempo por la Universidad de Chile, y el artículo que sigue, en el cual se pasa revista a las principales ideas filosóficas entre las que se movió el espíritu del historiador.



biese cambiado de religión se lo explicarían, pues el mundo está lleno de conversos y de renegados; pero que Barros Arana no ingresó en ninguna nueva iglesia, que solamente abandonó la católica y, sin entrar en otra, se dedicó a zaherirla durante el resto de su vida.

Decartando desde luego esto último, que estimamos injusto y desprovisto de verdad, procuraremos explicar su cambio trascendental y permanente.

A nuestro juicio el hecho de que Barros Arana no cambiase de creencias religiosas explica la causa por la cual, cuando desertó del catolicismo, lo hizo para siempre. Cuando se deja una religión para adherir a otra, en verdad sólo se cambia de sentimientos porque en ellos está generalmente la base de toda religión; y los sentimientos varían constantemente por las causas más diversas: edad, salud, medio ambiente, etc. Pero cuando el abandono de las creencias religiosas profesadas en la primera edad se debe a que los sentimientos en que se fundaron no bastan ya ni al corazón ni menos a la razón, el cambio es definitivo. Y esto fue lo que le ocurrió a Barros Arana; sus sentimientos católicos fueron enfriando poco a poco pero constantemente, y a tal punto que cuando comenzó a estudiar la filosofía contemporánea fue cogido por ella y desde entonces sólo se dejó guiar por su razón, dejando en el olvido todo sentimiento. Este hecho de dejar de lado todo sentimiento para dejarse guiar exclusivamente por la razón creemos que es la causa del cambio completo y definitivo que experimentara en su ideario.

\* \* \*

Diego Barros Arana nació en Santiago de Chile a mediados del año 1830, y fue el sexto hijo de Diego Antonio Barros Fernández de Leiva y de Martina Arana y Andonaegui. Un sexto hijo en un hogar acaudalado no significa gran cosa, de modo que fue educado lo mismo que sus cinco hermanos mayores y los seis que nacieron después que él, es decir del modo corriente en aquellos años, conforme a las doctrinas de la iglesia católica que profesaban, con estricta ortodoxia,



tanto su padre como los demás miembros de su familia; especialmente la tía Mercedes Barros Fernández de Leiva —hermana soltera de su padre— quien se hizo cargo de la educación a la muerte de la madre, es decir cuando Barros Arana aún no cumplía cuatro años de edad.

Esta educación religiosa fue muy rigurosa, como igualmente lo fue la que recibió en el Instituto Nacional en donde le colocó su padre en 1839 cuando contaba con poco más de ocho años. Este establecimiento educacional, aunque ya estaba separado del Seminario Conciliar, conservaba todo el carácter de un colegio congregacionista. Durante algunos de los años en que allí permaneciera Barros Arana fue su Rector el canónigo Puente, y la instrucción religiosa fue siempre, durante todos los años de colegio de Barros Arana, de completa ortodoxia: con misa diaria, comunión obligatoria en diversas festividades, con horas diarias de rezos y meditaciones obligatorias, tal como en un Seminario eclesiástico.

En ese establecimiento permaneció hasta cerca de los veinte años, hasta los primeros días de 1850 en que su padre lo sacó, junto con su hermano José, un poco menor que él, y los llevó a su fundo de Pudahuel, para librar a ambos de una tuberculosis incipiente que se les había declarado y que costó la vida a su hermano. Allí llevaron, durante casi tres años, vida de naturaleza que habría envidiado hasta el propio Rousseau, pero siempre cumpliendo con sus deberes religiosos y sólo ocupados de lecturas de divulgación científica y de incipientes trabajos históricos.

Muerto su hermano y poco después su padre, Barros Arana contrae matrimonio con Rosalía Izquierdo Urmeneta, de reconocida tendencia liberal. Es posible que en el nuevo ambiente de la casa de sus suegros, los cuales recibían a muchos extranjeros, protestantes y hasta librepensadores —al decir de algunos contemporáneos—, se enfriasen algo sus sentimientos católicos y que olvidase un tanto las prácticas de rigor; pero no hay indicio alguno de este cambio ni en su correspondencia, ni en los artículos de prensa que entonces publicaba en sus diarios "El País" y "La Actualidad"; ni tampoco



en sus discursos y actuaciones en el Congreso, pues en esos años fue diputado opositor al gobierno de Montt. Las Facultades Extraordinarias obtenidas por éste para acallar a la prensa independiente obligaron a Barros Arana, son pena de ir a la cárcel, a transponer los Andes e ir a radicarse en la República del Plata, en donde residía su hermana mayor que no conocía.

En resumen, podemos decir que hasta su primer viaje al extranjero Barros Arana conservaba sus ideas católicas, posiblemente un tanto enfriadas, y que quizás —como la mayoría de la juventud liberal de la América española— era poco observante de sus prácticas; pero que era siempre un católico, no un librepensador, ni menos un ateo. Durante el año y medio que permaneció en el Plata, sus creencias católicas no parecen haber cambiado, lo que no es de extrañar ya que toda su familia argentina, tanto su hermana como su cuñado Mariano Baudrix y sus tíos Arana, en cuyas casas vivió, eran católicos sinceros que educaban a sus familias dentro de la doctrina más severa y guardando la mayor deferencia a la Iglesia Católica.

En el segundo semestre de 1859 se embarcó para Europa. Parece que el primer país que visitó fue Inglaterra y sólo después Francia. En ambas partes su principal preocupación fue cultivar el respectivo idioma pues, contra lo que creía al partir, no comprendía —ni aun en los teatros— el inglés y el francés que oía, y le era imposible el hacerse entender. En octubre de 1859 fue, con Benjamín Vicuña Mackenna y su pariente Pedro Valdés, a España. Allí procuró conocer y hasta intimar con todos los intelectuales de primera fila de la Madre Patria; pero, si juzgamos por sus cartas de aquel entonces y por sus charlas sobre aquella época, sólo se movió en un ambiente literario, nunca científico; especialmente frecuentando los grandes cafés literarios de Madrid, que recordó con infinito agrado hasta los últimos días de su vida. Intimó también con los grandes historiadores españoles de esa época, de modo especial con Modesto Lafuente y Pascual de Gayangos. A este último le consideraba como su maestro por los muy buenos consejos que le diera, especialmente sobre inscripciones monumentales. Ninguno de los amigos de este viaje



a España era hombre de ciencia, todos eran hombres de letras e historiadores; y es indispensable recordar que entonces, para Barros Arana como para la generalidad de los literatos de aquella época, la historia era únicamente un *género* literario, y que tuvo que pasar algún tiempo y efectuar muchos estudios para que Barros Arana la considerase una ciencia.

La llegada de su mujer a Europa le hizo regresar rápidamente a París en donde pensó establecerse a firme. Con esta resolución de radicarse permanentemente en la capital intelectual de la Europa, estableciendo casa para recibir a sus amigos franceses, comienza, a nuestro juicio, la evolución de sus ideas, pues demuestra el ansia que ya sentía de moverse en el mejor mundo intelectual.

Aunque en su juventud fue hombre de mundo, nunca frecuentó en París la sociedad de sus compatriotas y de sudamericanos, famosa por su fausto y dispendio, entre otras razones porque ya no era como en Chile un rico heredero casado con una rica heredera, pues una deplorable dedicación a la agricultura, a la política y a la prensa de oposición había descalabrado un tanto su fortuna, de modo que tenía que reducir sus gastos, llevar un tren de vida más modesto. En cambio intimó con los franceses que había conocido en Chile, especialmente con M. Claude Gay, miembro del Instituto de Francia, muy íntimamente vinculado con el mundo intelectual europeo. En el hogar de este sabio distinguido del Boulevard Bonne Nouvelle conocieron los esposos Barros Arana a muchos hombres de ciencia de la Sorbonne, L'Ecole Normale y de otras instituciones científicas y a algunos sabios de reputación europea de paso en París.

Esta amistad con franceses y otros europeos de cultura superior hizo que esta su nueva vida en Francia le encantase y que quedara deslumbrado, desde el primer momento, por todo lo francés, no solamente por las academias, museos e instituciones sabias, sino muy principalmente por las personalidades eminentes que tuvo el encanto de conocer.

Otro con menos carácter que él se habría anonadado en semejante compañía, habría sufrido intensamente lo que ahora se llama



“complejo de inferioridad”, pero su orgullo de gran señor, habituado a estar siempre en todas partes en el primer sitio, le hizo emprender sin vacilación alguna la ardua tarea de ponerse al nivel intelectual y cultural de esos grandes hombres. La tarea no era sencilla ni mucho menos, era realmente muy difícil, pero la emprendieron ambos esposos resueltamente. Podía en verdad descansar en la habilidad de su mujer y en el intenso deseo de ambos de no mostrar inferioridad intelectual ni social alguna, de evitar a toda costa que los considerasen como semiindígenas de países cálidos; podía también confiar —y de modo principal— en su prodigiosa memoria que le permitía no olvidar jamás lo que había estudiado o leído siquiera alguna vez.

Con todo la tarea era formidable, difícil en extremo porque sus estudios en el Instituto Nacional habían sido muy escasos y deficientes, y lo que había aprendido particularmente después carecía de cohesión y de método, era un conjunto de conocimientos heterogéneos que nunca iguala a la instrucción que se recibe en una buena Universidad.

Los esposos Barros Arana se decidieron a leer cuanto libro llamase la atención del grueso público y más especialmente de los amigos que frecuentaban; a conocer todos los grandes museos, todas las bibliotecas, todos los sitios históricos de París y sus alrededores, y a aumentar su cultura en el mayor número de direcciones posibles, asistiendo —siempre en primera fila— a toda lección, a toda conferencia de hombre de ciencia de Francia o del resto de Europa de pasó por París; y no faltando jamás a las grandes piezas teatrales representadas por los mayores actores de Europa.

Tan poderoso esfuerzo por instruirse llevó a Barros Arana sin pretenderlo ni imaginarlo al campo de la Filosofía, que le era casi totalmente extraño porque en el Instituto Nacional su enseñanza había sido absolutamente deficiente y después, al instruirse por su cuenta, no se había preocupado nunca de ella posiblemente por los resabios teológicos de su educación y principalmente, a nuestro juicio, porque no era en modo alguno un pensador, como no lo es nunca



un gran lector —porque leer es hasta cierto punto pensar con cerebro ajeno—, y él fue siempre, hasta el último instante de su vida, un lector infatigable.

No era un pensador; en verdad podemos figurárnosle leyendo, haciendo clases, escribiendo historia, libros didácticos, artículos de divulgación científica, artículos de polémica, hablando en el Congreso, descifrando manuscritos, pero nos será muy difícil representárnoslo cavilando, dudando hasta de su razón porque nunca, ni siquiera en su venerable ancianidad, cavó en esas malsanas minas de mercurio que son las profundidades metafísicas y siempre tuvo aversión por la teología. Como no fue hombre de imaginación, nunca fue partidario entusiasta de las grandes ideologías que a tantos cautivan y subyugan; siempre fue un hombre realista, positivo, pendiente de los hechos, no tuvo grandes fantasías, ni siquiera mucho amor por la poesía. Para los grandes poetas tenía sentimientos análogos a los de Platón, quien recomendaba que se les festejase y coronase de flores en la puerta de la ciudad, cuando llegaban a ella, pero que los excluyó terminantemente de su república ideal; Barros Arana los celebraba mucho en sus cautivantes conversaciones literarias, pero hacía poco caso de ellos porque los consideraba faltos del sentido de la realidad.

Pero el mundo en que vivía en París pudo más que su resistencia a la filosofía, y como hemos dicho tuvo que ocuparse de ella, y al acercarse, tomar contacto con la filosofía positiva, pues aunque aún había alguna obscuridad a su alrededor, ya en aquella época muchas nociones de filosofía positiva habían tomado posesión de los espíritus reflexivos, del pensamiento que circula, de diarios y revistas, del tablado de los teatros, de la conversación corriente, y eran muchos los que se servían de esas nociones a pesar de ignorar de dónde venían y de qué principios dependían. ¡Cuán cierto es que cuando una opinión grande y desinteresada domina en una sociedad, parece como que atrajera a las demás ideas y a todos los intelectuales para que la sirvan!

Inició sus estudios de filosofía positiva atraído, más que todo,



por la personalidad descollante de Augusto Comte. En todas partes oía considerarlo como el pensador más profundo y más original, como el primer sociólogo. Aún a los hombres más distinguidos que entonces conociera les oyó estimarlo como una inteligencia superior, con proyecciones de alcance extraordinario y con un vigor y coherencia difícilmente igualados por tantos hombres eminentes, como los que en esos años produjo Europa, y que son y serán su más hermoso y perdurable ornamento.

El comienzo de estos estudios lo hizo sin mucho entusiasmo, pues creía, como la generalidad de las gentes, que esta nueva filosofía era sólo la obra de ese estudioso incomparable o a lo más de sus numerosos discípulos —dignos émulos de él—, pero sin imaginar siquiera la extensión y su alcance. Pero cuando esta nueva manera de pensar, tan de acuerdo con su carácter realista, positivo, apegado a los hechos, ajeno a toda fantasía, le hubo cogido, la estudió con detención, ahinco y entusiasmo de neófito, la entendió en su total originalidad y pudo apreciar toda su inmensa importancia, toda su desbordante extensión; se dio cuenta cómo abarca a todas las ciencias y muestra su encadenamiento; a las sociedades todas en su constante desarrollo, y que no hay nada en este mundo que no interprete o no pueda interpretar. Al mismo tiempo se dio cuenta de que su modo de pensar positivo propio —que le había dado su modo de ser y que había utilizado hasta aquí— no era sino fragmentario, y que en cambio esta nueva filosofía le proporcionaba a este mismo pensamiento positivo embrionario, un conjunto, una organización, una vida y un alma que no había antes ni sospechado siquiera.

La situación de su espíritu era propicia para ello porque ya sus enfriadas creencias religiosas no podían defenderlo del atractivo que siempre tienen, para toda persona ávida de conocimientos, los encantos de una doctrina nueva; además Barros Arana en París se movió preferentemente entre volterianos que hacían perpetua burla de toda creencia, y es muy sabido que la burla mina las creencias pero no aniquila el ansia de creer, sino que más bien la estimula. Por último conviene tener presente que su catolicismo se había fundado



exclusivamente en sus sentimientos y no en la filosofía cristiana que de seguro ignoraba casi totalmente; que si había sido católico observante no lo fue por su razón sino por sus sentimientos y los de su familia y de la sociedad católica en que hasta entonces se movió; en fin: que su religiosidad había sido la obra de su corazón y no de su cerebro.

Esta nueva filosofía que a un tiempo repudiaba a la teología y a la metafísica y sólo se basaba en la ciencia, tenía que atraerle como en verdad le atrajo y para siempre. Para que sus antiguas ideas católicas hubiesen podido recuperar su influencia y volver a subyugar su espíritu ya cogido por la ciencia, habría sido menester que lo sobrenatural (que él ya tenía sepultado y para siempre) recuperase su antiguo imperio sobre el hombre y el mundo. Esto, en aquellos años, no parecía a muchos un imposible, ni siquiera un acontecimiento lejano, porque en aquellos mismos días Francia y el mundo presenciaban las curaciones milagrosas que, cada año, se producían en el Santuario de Lourdes, curaciones que a tantos seres desgraciados devolvían su antigua fe perdida en los zarzales del camino de la vida, y con ella su felicidad terrenal. Pero Barros Arana apreció aquellos hechos de modo muy diverso; sosteniendo que aquellas curaciones, al parecer milagrosas, eran producidas por la fe viva de los pacientes, cosa muy conocida desde antiguo por la medicina, siguió creyendo con vigor en la imposibilidad de los milagros, en la inmutabilidad de las leyes naturales.

Lo que primero atrajo su adhesión a la Filosofía Positiva fue su novedosa doctrina, que él aceptó como se reconoce un postulado, de que "los fenómenos políticos pueden ser agrupados bajo leyes como los demás fenómenos" y muy principalmente que "el verdadero destino de la filosofía es ser social y que el verdadero objeto del pensador debe ser la reorganización de nuestro sistema moral, religioso y político".

Pero aún más le entusiasmó el enunciado de esta verdad que él consideró, desde entonces, como capital, que le decidió a dedicarse durante el resto de su vida a la enseñanza, "que el perfeccionamien-



to del organismo social no puede efectuarse más que por un desarrollo moral propiciado por la cultura intensiva, y no por un simple cambio en el gobierno que se haya dado esa sociedad”.

Cuando ya dominaba la Filosofía comtiana lo que le entusiasmó más, lo que siempre estaba recordando y elogiando fue su famosa Clasificación de las Ciencias. “Como es sabido Comte distingue seis ciencias puras: las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología. Las matemáticas se refieren a las leyes de la extensión y del movimiento. A la astronomía pertenecen la distancia, la dimensión, la forma del sol y de los cuerpos planetarios, las órbitas que recorren y las fuerzas que los mueven. La física estudia todos los fenómenos debidos al movimiento, a la pesantez, a la electricidad, al magnetismo, al calórico, a la luz, a las vibraciones sonoras. La química penetra en la constitución molecular de las substancias, reconoce los elementos que no se pueden descomponer o que al menos hasta ahora no han sido descompuestos, y determina las condiciones que presiden a las combinaciones definidas. La biología busca todas las formas que reviste la vida desde el último vegetal hasta el hombre, abarca la jerarquía de estos seres más y más complicados y elevados, se familiariza con las modalidades que rigen las manifestaciones de los fenómenos vitales, trabaja por precisar la conexión constante que existe entre la estructura anatómica y la función, comprueba facultades cada vez más altas en los animales superiores, y combinando la consideración del órgano y de las facultades, ella disputa el estudio del hombre intelectual y moral a la metafísica. En fin, la ciencia social sigue la evolución de las sociedades, distingue las fases necesarias y consigna la ley de sus cambios; más general y más verdadera que la doctrina de Bossuet y que la Condorcet, ella da cuenta del fetiquismo, del politeísmo, del monoteísmo, de la era de revolución, demuestra la inestabilidad necesaria de estos estados transitorios, y prevé en consecuencia el advenimiento completo de las ideas positivas. Nada se omite, nada sino lo que es inaccesible al espíritu humano, la búsqueda de las



causas primeras y de las causas finales" (Littré, *De la Filosofía Positiva*).

Este nuevo concepto del conjunto de las ciencias, de su interdependencia y jerarquía, de su presente y de su futuro, fue, a nuestro juicio, su nueva fe que estudió y comprendió con entusiasmo de neófito y que después preconizó con sentimiento de apóstol.

Se dice que al salir de una conferencia en que se había comentado esta clasificación de las ciencias, fue cuando Barros Arana contrajo consigo mismo el compromiso de dedicar su vida a la enseñanza, a la difusión de las ciencias, al desarrollo del cultivo intelectual de su querida patria; compromiso que, justo es reconocerlo, cumplió siempre con todo entusiasmo, con grande energía y no pocos sacrificios hasta el instante último de su larga y bienhechora existencia.

En verdad la Clasificación de las Ciencias fue lo que más le atrajo en la obra de Comte, lo que estimaba como la mayor novedad, como lo verdaderamente genial de su obra. Esta jerarquía que corresponde exactamente al orden en que las ciencias han aparecido en el mundo intelectual; esta ordenación en que cada ciencia supone a la precedente y es condición de las siguientes, y que al mismo tiempo no es sino la expresión de la dependencia natural de todos los fenómenos observados; esta jerarquía en que los fenómenos más simples y más generales son el fundamento sobre los cuales se basan los más complejos y más particulares; esta clasificación, en fin, que está determinada por el fenómeno, tan interesante como incuestionable, de la generalidad decreciente y de la complejidad creciente, era el objeto de sus mayores complacencias, el motivo constante de sus mejores alabanzas.

Siempre estaba recordando al disertar sobre esta famosa clasificación, que nada es tan simple y general como las relaciones de cantidad, ni nada tan complejo ni más individual que los fenómenos sociales; de allí que Comte coloque como la primera de las ciencias puras a la que apareció primero, a las matemáticas, y como la sexta y última a la que él llamara a la vida y apadrinara con el curioso



nombre grecorromano que el mundo entero ha aceptado, la sociología.

Su grande admiración por la Filosofía Positiva y su entusiasmo por la famosa clasificación de las ciencias no le impidieron, sin embargo, el reconocer y repudiar algunos puntos poco satisfactorios en la obra del Maestro. Así le molestó, siempre y de gran manera, la segunda parte de su obra, su Religión de la Humanidad —que a tantos, sin embargo, ha colmado de satisfacción—, y desde que se impuso de ella y la hubo estudiado en todos sus detalles, no dudó en considerarla sino como algo absolutamente retrógrado, indigno de su poderoso cerebro; y guardando su admiración por el genio que creó la Filosofía Positiva, echó al olvido al inventor desgraciado de la nueva religión; desde entonces consideró como su maestro espiritual no a Augusto Comte, sino a su gran discípulo Emilio Littré, a quien tuvo la suerte y el inmenso agrado de conocer durante su permanencia en París, y a quien nunca nombraba sin agregar la curiosa definición que de él hiciera la sobrina de Lamartine: “es un santo que no cree en Dios”.

Tampoco aceptaba en Comte el poco aprecio que, en ocasiones, demostró por la Libertad, esa diosa por la cual Barros Arana estaba siempre dispuesto a hacer los mayores sacrificios, por la cual sufrió persecuciones y expatriación, sin la cual la vida de la cultura que era su ideal es absolutamente imposible. Así le molestaba en extremo que hubiese elogiado al Príncipe Luis Napoleón por el golpe de Estado que le convirtiera en Emperador de los franceses, porque no podía aceptar que, ni aún a pretexto de salvar a la unidad social y al progreso, se vejase a la Libertad; tampoco aceptaba el elogio desmedido al Zar Nicolás, ni menos que le llamase “el único hombre de Estado de la cristiandad”. Como nada de esto veía en Littré, su admiración por él fue aumentando al mismo tiempo que la radiosa figura de Comte se le iba eclipsando.

En estos días en que tanto se han recordado las ideas y las actuaciones de Barros Arana a muchos ha extrañado que este maestro tan ávido de conocimientos —de toda clase y de todo orden— se con-



formase con el frío escepticismo positivista que no bastó ni al propio Comte ni a tantos genios eminentes de la Francia del Siglo de las Luces; que voluntariamente limitase el campo de sus investigaciones, que dejase de lado —como cosas insolubles, superiores al entendimiento humano— todo lo que más nos atrae siempre, como es el principio y fin de todo cuanto nos rodea, de nuestra inteligencia, de nuestra razón, de nuestra propia vida; que un hombre que constantemente repetía que toda causa tiene más de un efecto y todo efecto más de una causa, no pretendiese atisbar siquiera alguna de las causas que han producido aquellas maravillas.

A nuestro juicio ello se debe a que estaba seguro de dos cosas. Primeramente que todos esos atisbos a lo desconocido siempre obscurecen el problema sin aclararlo jamás. Como prueba de esta creencia muy arraigada en él, recordaba que las diversas teologías contradictorias que tantas ocasiones han pretendido dar a diversos pueblos y a diversas razas, una explicación de estos fenómenos, no han conseguido sino exteriorizar sus contradicciones y su impotencia; y que las innumerables escuelas metafísicas, con sus infinitas contradicciones, sólo han conseguido poner en claro la incapacidad absoluta del espíritu humano para alcanzar, por ese camino, la solución de semejantes problemas. En este cambio incesante, durante más de veinte siglos, de innúmeras doctrinas metafísicas veía él la condenación absoluta y definitiva de toda metafísica; y siempre concluía estas disertaciones sosteniendo que será siempre preferible situarse en tierra firme, en terreno sólido aunque poco halagador, a pretender vagar entre nubes de encantadoras apariencias. A lo más, solía agregar, puede seguirse el consejo de Littré: “se pueden considerar, sin dejarse deslumbrar por ellas, las concepciones que sobrepasan los límites de los conocimientos humanos, y no aceptar las grandes hipótesis sino como temas dignos de estudio y crítica —si pueden ser útilmente criticados— y que debemos apartar de nuestra razón si pertenecen a un ultrauniverso al cual nadie ha llegado”.

Pero la causa principal por la cual no se preocupaba de estos problemas era porque estaba absolutamente convencido de que muy



pronto la ciencia estaría explicando definitivamente —y quizás de un modo muy sencillo— todos estos problemas, pues creía —como el creyente en verdad de fe— que el resultado natural del conjunto de descubrimientos científicos es el arrebatar constantemente algo de su misterio a lo desconocido.

\* \* \*

Contra lo que había pretendido y querido realizar de permanecer por largos años en Europa disfrutando de todos los encantos de la cultura superior, hubo de regresar a la patria.

Como era natural y lógico en aquellos años —en que la ilustración no estaba muy difundida, en que eran escasos aún los hombres de mediana cultura— tuvo inmediatamente que intervenir en la cosa pública. Sus aficiones de siempre, las calidades extraordinarias de educador que tuvo desde temprano, su redoblada fe en el inmenso valor de la instrucción, le llevaron a la enseñanza, y fue designado Secretario General de la Universidad Chile, Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma, Rector del Instituto Nacional y, en el atardecer de su vida, Rector de la Universidad de Chile.

No era Barros Arana hombre para tener ideas determinadas y no ajustar a ellas su conducta, no, en esto —como en todo— era de una integridad absoluta; así pues, desde que fue positivista procedió como tal sin atenuaciones ni vacilaciones. Consecuente con este proceder, al desempeñar todos esos cargos de honor y de responsabilidad en la Instrucción Pública se sometió en todo a sus nuevas ideas, especialmente como Rector del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. Así efectuó reformas en que se nota fácilmente la influencia de la Filosofía Positiva dando grande importancia a las ciencias, manteniendo siempre la conocida jerarquía entre ellas, trabajando siempre para el presente y para el porvenir que él se complacía en considerar como deslumbrante siempre que se siguiesen normas científicas.



En la cátedra y en todas partes sostenía que la Filosofía Positiva era una doctrina tan general como la teología o la metafísica y tan segura como las ciencias positivas; que la libertad política, la libertad de conciencia, la libertad de prensa, el libre examen y el desarrollo indefinido de la sociedad se alcanzarán necesariamente bajo el régimen de la ciencia.

Asimismo evidenció —en todo momento— que creía firmemente que es imposible detener el desgano que experimenta el mundo moderno por los conceptos teológicos y metafísicos, porque las mismas causas que minaron a la teología y a la metafísica siguen en acción constante y operando en un medio mucho más favorable; y que nada puede cambiar esta pendiente porque entre saber positivamente y creer conforme a la teología o a escuelas metafísicas, nadie, nadie puede dudar.

También sostuvo hasta el último día de su vida que el positivismo es el gran centro de reunión de todos los espíritus emancipados de concepciones teológicas o metafísicas, que es él el que imprime dirección a las sociedades y da al hombre —como norte supremo de la vida— su unión a los destinos de la humanidad, y que el triunfo general de la ciencia será la fuente más segura para la felicidad y la moralidad máximas del hombre.